

# Carta de París

Por Manuel TUÑÓN DE LARA

Sucedió ayer, en pleno Saint-Germain des Près, bajo la torre esbelta y multi-centenaria, frente a las terrazas del Flore y de Les Deux Magots atestadas de su público, revoltijo de intelectuales, ociosos y extranjeros, frente a la librería Le Divan que Henri Martineau consagró durante años y años al culto stendhaliano... Sucedió ayer, y yo me he preguntado si debía hablarles de ello. Porque yo les escribo esta carta sobre temas culturales y universitarios. A primera vista el vandalismo nada tiene que ver con la cultura. Sólo a primera vista; porque la máxima "cuando oigo hablar de cultura echo mano a mi revólver" atañe a todo hombre de cultura; ¿qué digo yo?, a todo hombre a secas. Y cuando los universitarios y hombres de letras toman conciencia del inmenso peligro del vandalismo, no cabe duda de que estamos ante un tema de cultura, aunque sea, ¡ay!, por definición negativa.

"Estamos aquí para alzarnos contra el atentado cometido en el domicilio de nuestro colega Jean Paul Sartre. La inteligencia protesta con el rostro descubierto contra la imbecilidad y la violencia que perpetran sus golpes arteros en el anonimato y la sombra de la noche."

Christiane Rochefort, la novelista de *Le repos du guerrier*; Tristan Tzara, que acaba de obtener un nuevo premio a los cincuenta años de su producción poética; Anne Philipe (viuda del inolvidable Gerard); Jean Effel, probablemente el primer dibujante de Francia; Maurice Druon, Georges Sadoul, el profesor Schwartz y otros muchos universitarios y escritores, leyeron este comunicado ante varios centenares de estudiantes.

Como para confirmar sus propósitos de claridad, un raro sol meridional alumbró este mediodía del Barrio Latino, donde una vez más resonaron con fuerza los gritos de "¡El fascismo no pasará!"

Dos días antes, el apartamento de Jean-Paul Sartre había sido casi pulverizado por una carga de explosivos depositada al amparo de la noche y... de tantas cosas. Como semanas antes había deshecho el apartamento del profesor Godement, de la Facultad de Ciencias; como ha sido amenazado de muerte el profesor Levy-Bruhul; como se atentó contra el local de la Unión Nacional de Estudiantes.

La oposición entre la violencia y la cultura ha sido confirmada por la voz oficial del ministro de Educación Paye, en respuesta a una pregunta de un parlamentario de extrema-derecha:

"Es tradición y honor de la Universidad —dice Paye— no haber tenido jamás otras pasiones que las de la justicia y la verdad, y no haber tenido otra ambición que la de defender contra la violencia los derechos del espíritu."

Periódicamente venimos dando testimonio del vigor cultural de París y de Francia, de su creación múltiple cuyas fuentes lejos de secarse se renuevan, de la amplitud de sus debates intelectuales, del alcance de su formación docente. No cabe, pues, duda de que el vandalismo y la violencia, por mortíferos que sean,

tienen dimensiones enanas frente al vasto esfuerzo cultural de Francia. Este esfuerzo no se limita a la creación de la cultura nacional, sino que proyecta su atención sobre las más diferentes culturas del universo, y sobre todo hace de París la anchurosa plaza mayor en que se encuentran creaciones del espíritu procedentes de todos los puntos cardinales.

Hace apenas unos días tuvo lugar la extraordinaria exposición que ha vuelto a traer a don Francisco de Goya al primer plano de la actualidad plástica europea. Pero hoy hay que consignar la apertura en el Museo de Arte Moderno de la muy completa exposición del arte yugoslavo contemporáneo. Y ¿qué decir de la atención por las figuras del pensamiento de otros países, cuando precisamente en esos mismos países se echa sobre su recuerdo un discreto velo de silencio? Ese es, por ejemplo, el caso del veinticinco aniversario de la muerte de don Miguel de Unamuno. Coincidiendo paradójicamente con la prohibición, en Madrid, de un acto estudiantil en memoria del que fue rector de la Universidad de Salamanca, y con la prohibición de algún texto en revistas referente también a don Miguel —es el caso concreto de la revista *Ínsula*—, la Radiodifusión francesa ha rendido homenaje al autor de *El sentimiento trágico de la vida*, en una completísima emisión dirigida por el señor De Beer. Gracias a ella, las ondas han transmitido una vez más la tan humana tragedia de la angustia unamuniana. Y cada cual ha repensado esos momentos trágicos de hace un cuarto de siglo, cuando don Miguel, enclaustrado en su casa, cerca

ya del *trago supremo* según la expresión de Manrique, repetía aquello de "A pesar de todo, España se salvará".

Y ya podemos anunciar que para el vigésimo aniversario de la muerte, no menos trágica, de Miguel Hernández, la Universidad y la radio francesas, se aprestan a rendirle el homenaje que siempre ha merecido el poeta de las tierras alicantinas, muerto porque, como él había escrito: "Hay ruiseñores que mueren en medio de las batallas."

Que un libro como *La noia* de Alberto Moravia figure cuatro meses entre los de mayor venta en París, es otro signo del sentido universalista de su inquietud cultural. Y que el libro ejemplar en que W. Shirer traza la siniestra historia del hitlerismo se venda cada día más, comprueba que el hombre que siente el gusto de las letras, no siente menos la inquietud ante el peligro de una nueva oleada vandálica.

Un signo más de la sensibilidad cultural francesa, que se niega a enfrascarse en lo estrictamente "literario", es la abundancia creciente de libros "extraliterarios" de alta calidad. La economía, por ejemplo, está dejando de ser asunto limitado a dos docenas de expertos: el último libro de François Perroux —resumen de trabajos dispersos desde hace diez años—, *La economía del siglo XX*, constituye sin duda una valiosa aportación, como también lo fue hace meses el libro en que divulgaba Albertini los *Mecanismos de la economía*.

En el plano filosófico, la reedición de la *Introducción a los existencialismos* del malogrado Emmanuel Mounier (malogrado, aunque dejó una obra valiosísima, porque al morir joven ésta quedó truncada) llega a su justo tiempo, hoy que la confrontación de las nuevas corrientes del pensamiento cristiano, del existencialismo y del marxismo, se hace no sólo en términos de corrección, sino de gran caballerosidad y comprensión.

Otros libros, sobre los que mucho se



"no haber tenido jamás otras pasiones que las de la justicia y la verdad"

discute, son como estiletes en heridas abiertas: así ocurre con *Los paracaidistas* de Gilles Perrault, que ha pertenecido a este cuerpo; explicación de un fenómeno doloroso, visto desde el interior. Daniel Mayer, presidente de la Liga de Derechos del Hombre, escribe a propósito de este libro: "Unos llaman cinismo, y otros franqueza, a lo que es esfuerzo de claridad hecho por el autor. Tentativa de equidad en la búsqueda de responsabilidad de la nación."

El sub-teniente, Emile Mus, muerto en campaña el 21 de julio de 1960, escribió unas cartas, que hoy publican las ediciones del Seuil, con el título de *Guerre sans visage*, terriblemente sinceras, cuya lectura da mucho que pensar.

Sin embargo, hay críticos como Michel Cournot que, en un sensacional artículo en *L'Express*, llama la atención sobre la responsabilidad de los novelistas que "se dedican a inventar sintaxis o se preocupan muy en serio sobre los problemas de la pareja amorosa", volviendo la es-

palda a los dramas colectivos, abandonando la tradición del Aragon de *Les beaux quartiers*, del Malraux de *L'espoir*, del Sartre de *L'age de la raison*. Este "escapismo" explica (según Cournot) que libros sin ningún valor literario como la trilogía de Larteguy (*Los mercenarios*, *Los centuriones* y *Los pretorianos*) sean leídos multitudinariamente, porque tienen el valor del testimonio sobre aquello que preocupa y angustia a los hombres en el tiempo concreto que vivimos.

¿Verdad o error? Tengo para mí que no sería extraño que, en plazo no muy largo, se pidan serias responsabilidades a quienes se titulan novelistas. Pero ésta es otra historia, más sutil y menos urgente. Ahora se trata del ser o del perecer de la cultura frente a la barbarie. ¿Que si esto es tema cultural? Pero ¿han visto ustedes algo más "cultural" que impedir que otra vez humeen las piras de libros en Europa?

[París, enero 10 de 1962]

## Carta de España

Por nuestro CORRESPONSAL

La crisis grave por que atraviesa el teatro en España, y a la que se alude con frecuencia en los periódicos ¿es crisis de autores o de público? No parece que haya que dudar en la respuesta. No es el público el que falla —como lo prueba el rotundo éxito de *Divinas palabras* de Valle Inclán, al que me he referido en otra crónica— sino los autores. Sin duda que las trabas y limitaciones de la censura oficial para que los autores aborden ciertos temas o se expresen con un lenguaje en libertad, influye en la escasez de autores dramáticos que hoy lamentamos en la escena española. Un autor joven y ya maduro, como Alfonso Sastre, tiene prohibidas varias de sus obras. Otro joven autor, Lauro Olmo, que obtuvo el pasado año el premio Valle Inclán de teatro, ha visto también prohibida su obra premiada. Si a ello se añade que los empresarios no suelen arriesgarse a estrenar obras de autores noveles desconocidos, por el temor a un fracaso económico, y prefieren dar al público piezas extranjeras que llegan rodeadas de gran fama —obras de Anouilh, de Tennessee Williams, de Marcel Achard, de Arthur Miller—, o comedias cómicas de autores conocidos, que tienen asegurado el éxito, se comprenderá que el teatro español actual sufra un estancamiento casi completo, y que la revelación de nuevos autores con nuevas ideas y situaciones dramáticas sea difícil. Si se exceptúa a Antonio Buero Vallejo, el mejor dramaturgo español de hoy —que nos dio el pasado año ese retablo admirable de la vida de Velázquez que son *Las Meninas*— y algún intento logrado de Alfonso Sastre, el resto de la escena española actual es teatro de humor, muy bueno a veces en algunas comedias de Miguel Mihura, de José López Rubio, de Alfonso Paso, pero en gran parte viejo y deleznable teatro que sólo se propone provocar la carcajada en el espectador utilizando los medios más gastados y añejos.

Todo ello explica que los directores

de escena acudan a los grandes autores extranjeros, de ayer o de hoy. Entre esos directores, destaca José Tamayo, que en plena juventud —tiene poco más de cuarenta años— es hoy el director más cotizado de España. Al frente de la compañía Lope de Vega, ha realizado campañas brillantes, y hoy dirige dos teatros en Madrid: el Español, patrocinado por el Ayuntamiento madrileño, y el Bellas Artes, de empresa privada. A José Tamayo debemos el único acontecimiento dramático digno de mención con el que ha terminado el año de 1961 y ha comenzado 1962: el estreno en el teatro Español de la versión de *Hamlet* realizada por nuestro mejor dramaturgo actual: Antonio Buero Vallejo. Había mucha curiosidad por conocer esta versión personal de *Hamlet*, hecha por Buero con un criterio bastante independiente, y no siempre absolutamente fiel al original. Mi opinión, después del estreno, es que esta vez no han acertado ni Buero ni Tamayo, y tal parece ser lo que expresa la reacción del público y de la crítica. En esta nueva versión del famoso drama de Shakespeare, ha sorprendido el talante excesivamente irónico y cínico que se ha dado a *Hamlet*, quien en su famoso diálogo con Ofelia aconseja a ésta, después de decirle que no la ama, que se encierre, no en un convento —como han traducido hasta ahora todos los traductores del drama— sino en un burdel. "¡Vete a un burdel!" grita repetidamente *Hamlet* a la dulce Ofelia con una crueldad que no podemos perdonarle, ni aun sabiendo que se hace el loco. Parece, sin embargo, que no faltan filólogos que sostengan la tesis de que la palabra inglesa usada por Shakespeare, *nunnery*, significa tanto un convento de monjas como una casa de prostitución, y esta segunda interpretación es la que ha preferido Buero, quizá inspirado en el ensayo sobre *Hamlet* que publicó hace años Salvador de Madariaga, en el cual Ofelia no es el dulce

personaje de pureza virginal que hemos creído siempre, sino una jovencita algo ligerilla de cascos, y en secretas relaciones íntimas con el príncipe *Hamlet*.

En todo caso, la crítica ha reprochado al director de escena el recargado barroquismo de la decoración, y al actor que ha interpretado *Hamlet*, Adolfo Marsillach, la excesiva gesticulación y el aire demasiado cínico e irónico que ha dado al papel. Marsillach se ha defendido de estas acusaciones alegando, en unas declaraciones a un periodista, que él ha querido hacer su versión personal de *Hamlet*, la cual no tiene por qué ser igual a las anteriores, y que la suya no es desde luego una versión romántica, sino todo lo contrario, cínica, del personaje. Existe, desde luego, un mito del *Hamlet* romántico, en el que no es obligatorio creer hoy, sobre todo después de saber que *Hamlet*, en su realidad histórica, era gordo y algo cínico, en efecto. Si no creemos ya en los mitos, no podemos negar a Buero Vallejo el derecho a haber destruido el mito del romántico *Hamlet* y de la dulce y no menos romántica Ofelia. Aunque no será fácil convencer al público de que esos dos héroes de la famosa tragedia de Shakespeare sean, en el fondo, dos bribones.

\*

El nuevo año literario y artístico ha comenzado en Madrid sin gran brillantez, como si le costara trabajo subir la tradicional cuesta de enero, que alude a las dificultades para superar económicamente ese primer mes del año, tras los gastos más o menos copiosos de las pasadas fiestas navideñas. Que la crisis actual del teatro en España es grave —no la crisis de público, sino de autores—, lo demuestra el hecho de que en este momento los dos teatros nacionales, patrocinados por el Estado, están dando repertorio extranjero: clásico —el *Hamlet*— en el teatro Español; moderno —*La loca de Chaillot*, de Giraudoux— en el escenario del María Guerrero. Y éstas no son las únicas obras extranjeras que se representan este mes en los teatros madrileños, que ofrecen también *La idiota* de Marcel Achard, *El poder y la gloria* de Graham Greene, *Hay alguien esperando* de Emily Williams, y *El abogado del diablo* de Morris L. West. Pero sin duda el estreno más importante ha sido el de *La loca de Chaillot*, la bella obra póstuma de Giraudoux, que se estrenó en París el año 1945, ya muerto el autor. Confieso que fui al estreno con cierto prejuicio. Conocía la obra y la admiraba, pero temía que el público madrileño actual no supiese captar esa poesía sutil, esa fina ironía que encierra la magnífica farsa de Giraudoux. Pero afortunadamente me equivoqué. El éxito ha sido total y entusiasta, gracias, sobre todo, a la maravillosa dirección de José Luis Alonso, que se ha apuntado un nuevo éxito en su carrera de director. A pesar de su juventud —debe tener poco más de 30 años— José Luis Alonso es quizá el mejor director que tiene hoy la escena española. En un par de temporadas al frente del teatro María Guerrero, ha dirigido con arte ejemplar obras tan distintas como *El jardín de los cerezos* de Chejov, *El rinoceronte* de Ionesco, *Los anzuelos de Fenisa*, la deliciosa comedia de Lope, y *Eloisa está debajo de un almendro* de Jardiel Poncela.